

OPINIÓN

SILLÓN DE OREJAS

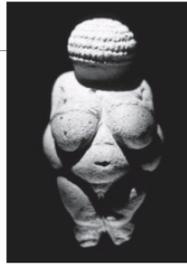
La pesadilla de Heliogábalo

Por Manuel Rodríguez Rivero

1. Déspotas

Mi drama más personal es que siempre tropiezo en la misma piedra. No escarmento. Mira que sé por experiencia que las cenas copiosas alteran mi ya renqueante aparato digestivo, provocando como terrible efecto colateral sueños agitados y, lo que es más temible, angustiosas pesadillas. Pues nada: sígo cayendo en la trampa. Claro que siempre tengo una excusa. La últi-

ma ha sido que me entretuve demasiado leyendo al bies un ensayo muy ligero, y ya algo antiguo, que encontré sepultado en una de las cajas de cartón en que voy metiendo ciertos libros que, a priori, me resultan curiosos pero no imprescindibles. *El banquete de los dictadores*, de Victoria Clark y Melissa Scott, fue publicado por Melusina hace algo más de un año, y en él pueden encontrarse, además de exóticas recetas (como ese cuscús de carne de camello con frutos confitados que tanto gustaba a Muamar el Gadafi), anécdotas más o menos pedorras acerca de las maneras de mesa o los hábitos culinarios de algunos de los más sanguinarios déspotas del siglo XX. Uno se entera, por ejemplo, de que Idi Amin —cuya pretendida antropofagia es un mito colonialista— consumía a diario varias docenas de naranjas porque creía que tenían efecto afrodisíaco; que a Mussolini le gustaba mucho masticar ajo crudo con limón (lo que tuvo que sufrir Claretta Petacci); que el



La Venus de Willendorf. HERWIG PRAMMER / REUTERS

propio Gadafi padecía de una incontestable flatulencia a cuenta de su gusto por la leche de camella; que Hitler —que no probaba su comida hasta 45 minutos después de que se la hubieran testado otros— no era tan vegano como se ha dicho; que las cenas georgianas de Stalin en su dacha de Kuntsevo —cocinadas por el chef Spiridon Putin: sí, el abuelo del muchacho— duraban más de seis horas; que Pol Pot salivaba con un guiso de carne de serpiente machacada con cacahuets, limón y jengibre; que un pequeño ejército de devotas y disciplinadas muchachas se empeñaba en que los granos del arroz que le servían a Kim Jong-Il tuvieran el mismo tamaño y color; que Hastings Kamuzu Banda, primer presidente de Malawi, siempre llevaba en sus bolsillos, como quien lleva pipas de girasol, un puñado de gusanos mopani desecados. Y así, sucesivamente (dicen que a Franco le gustaba la paella, pero me da que, al final de su vida, a nuestro dictador de cabecera le iban más

EN POCAS PALABRAS

William Ospina
“Me influyeron más las canciones que los libros”

Poeta y novelista colombiano consagrado por su Trilogía de la Conquista —*Ursúa*, *El país de la canela* y *La serpiente sin ojos*—, William Ospina (Padua, Tolima, 1954) acaba de publicar *Parar en seco* (Navona), un ensayo breve sobre el cambio climático.

¿Qué libro le hizo querer ser escritor? Creo que influyeron más las canciones y los cuentos oídos en mi infancia. Los libros fueron más tardíos.

¿Y cuál ha sido el último que le ha gustado? *El Reino*, de Emmanuel Carrère. Esa mezcla feliz de ensayo, pesquisa detectivesca, aventura teológica, novela de intriga y relato autobiográfico.

¿Qué libro ajeno le habría gustado escribir? Uno que para mí sería imposible, como *Luz de agosto*, de William Faulkner.

¿Cuál es el mejor libro que ha leído sobre el cambio climático? Tal vez *La situación humana*, de Aldous Huxley, que es de 1959, o *La ira de la tierra*, de Isaac Asimov y Frederick Pohl.

¿Cuál sería la reforma más urgente contra ese cambio? La renuncia a los combustibles fósiles y la adopción de energías limpias en todo el mundo ahora mismo.

De no ser escritor le habría gustado ser... Dibujante de cómics, cantante, biólogo marino...

¿Qué suceso histórico admira más? El encuentro de Humboldt y Bolívar en París en 1804.

¿Qué canción usaría como autorretrato? Carmen de Bolívar, de Lucho Bermúdez.

¿Qué encargo no aceptaría jamás? Calificar pruebas escolares.

¿Qué está socialmente sobrevalorado? La fama.

¿A quién le daría el próximo Premio Cervantes? A Javier Cercas o a César Aira, dependiendo de a qué lado del Atlántico le toque el turno.



ILUSTRACIÓN DE SETENTA

TRIBUNA LIBRE / PAULINA FLORES

Ideas y géneros

Estoy sentada en el borde de una piscina, con los pies en el agua, en el octavo piso de unos de los cientos de hoteles con piscinas de Cartagena de Indias. Descanso después de nadar, con la mente en blanco. De pronto, veo un colet negro hundido en el fondo celeste. Enseguida pienso en mi hermana. En cuando éramos niñas y jugábamos en nuestra pequeña piscina plástica a buscar el colet que tirábamos sin mirar. Después pienso: esa sería una buena imagen para comenzar un cuento. Mi cabeza empieza a funcionar a mil y voy inventando más detalle: la historia de quien fija su vista en el colet podría ser la de una nadadora profesional en crisis, y tal vez recuerde la infancia con su hermana por algún conflicto con ella: quizás está enferma, muerta o metida en algún problema.

Antes, entre braco y braco, he estado leyendo *Noches de cocaína*, de Ballard. Una novela de misterios y crímenes protagonizada por dos hermanos. Se desarrolla en complejos cerrados de las costas españolas, donde europeos ricos se refugian para vivir en el encierro y el ocio. La coincidencia de estar leyéndola desde la azotea de un edén del Caribe, rodeada de turistas gringos al sol, es maravillosa y aterradora a la vez: la distopía del paraíso futuro ya está aquí. Y el hecho de que esté pensando en “hermanas” da cuenta de la evidente influencia que está teniendo la novela en mis ideas. Siguiendo con los hermanos: la mía siempre dice que lo que hago, cuando escribo, es torcer una historia real, y en este caso se cumple a cabalidad: tomo el pequeño momento que acabo de vivir y lo pervierto en otra cosa. Pero contar aquella anécdota en un diario es algo que jamás haría, al menos hasta ahora.

No me gusta escribir periodismo porque guardo cada idea, cada imagen o personaje, religiosamente para los libros. Sin embargo, durante mis días en Colombia, en el marco del Hay Festival, descubrí una nueva perspectiva. Para explicarla tengo que contar otra anécdota. En el vuelo de Santiago a Bogotá, tuve la suerte de elegir los últimos asientos del avión, construidos originalmente para la tripulación e inmensamente más cómodos: dos en lugar de tres, reclinables de verdad y con resto de pie. A mi lado iba un niño de ocho años, Mateo. Viajaba solo y las azafatas se preocupaban de hacerlo sentir cómodo y seguro. Aunque de todas formas él parecía muy tranquilo desde el comienzo. Era ese tipo de niños con aire de adultos serios y responsables, y abrazado de su conejo de peluche, sacó los dulces y chocolates que traía de vuelta y los ordenó cuidadosamente sobre la bandeja para mostrármelos, probando una y otra disposición hasta dar con la más equilibrada y precisa. Con una voz igual de limpia y suave que sus movimientos, me contó que volvía a Colombia luego de visitar a

su mamá en Antofagasta. Durante los últimos años, muchos inmigrantes han llegado a Chile, sobre todo colombianos, generando más de una polémica en un país reprimido por la uniformidad y desconfiado de lo diferente. Por medio de un diálogo discontinuo, típico de los niños, y que los hace ir saltando de una cosa a otra sin sentido aparente, llegamos a uno de sus últimos sueños. Mateo estaba en una plaza en el centro. La gente de la ciudad había desaparecido y con miedo se dirigió a su casa. Cuando entró, también estaba vacía. Buscó por todas las piezas, pero siguió sin encontrar a nadie, estaba solo.

Su narración, que partió de la nada, nos fue envolviendo en una intimidad desoladora, y cuando terminó de hablar yo tenía los ojos llenos de lágrimas. Por supuesto, intenté que él no lo notara. Tragué saliva y seguimos hablando de otras cosas. Yo, que incluso me había sentido desgraciada al lado de Mateo, porque mi asiento no se reclinaba tanto como el de él, y que, como siempre, cargaba con un equipaje de mano lleno de preocupaciones y problemas personales, me sentí ridícula al lado de este niño de ocho años que viajaba solo desde un país desconocido, abandonando a su madre. Y entonces también, maquiavélicamente, pensé que sería un buen final para un cuento. Ese clima en donde el protagonista, que arranca de una ciudad a otra, se da cuenta de que, y como dice la canción de Alex Anwandter, “uno nunca sufre como los que sufren de verdad”. Mateo se durmió temprano, abrazado de su conejo, y tras la despedida en la pista de aterrizaje, yo seguí pensando en nuestro diálogo durante muchos días. Era precioso, pero me di cuenta de que no servía para el final de un cuento. Era muy explícito y quizás demasiado tierno o sentimental. Lamenté perderlo y no poder aprovecharlo en un relato. No quería que pasara al “museo de ideas cristalizadas y embalsamadas”—tomando las palabras de Natalia Ginzburg—, hermosas pero aisladas, de mi libreta mental de anotaciones. Tampoco podía olvidarlo, sentía que era de esas historias que deben, que merecen, ser contadas. Y bueno, he aquí lo que descubrí: que quizás no todos los sucesos que voy encontrando y guardando sirven para ficción, no todos pueden “torcerlos” o “pervertirlos”.

“Descubrí que quizás no todos los sucesos que voy encontrando y guardando sirven para la ficción, no todos pueden “torcerlos” o “pervertirlos”

Los “colet” en Chile son los elásticos para amarrarse el peto.

los herviditos de pescado). En todo caso, lo peor de esta lectura más o menos gastronómica fue que consiguió excitarme el apetito aún más que cuando me fumo un canuto. De modo que me preparé una cena tipo Hellogáballo en la que lo más ligero eran las butifarras del país. Y, claro, luego vino la tremenda pesadilla que paso a contarles: alguien (sospecho que doña Pilar Rahola, pero no puedo estar seguro) me tenía completamente amordazado y atado a una silla, como si yo fuera una heroína *bondage* de Eric Stanton. No podía huir, ni siquiera moverme o gritar. Y lo peor de todo es que me veía obligado a escuchar, una y otra vez, la canción *Leningrado*, del último disco de Joaquín Sabina, en la que, por cierto, el poeta constata con su acostumbrada lucidez que la "revolución tenía un talón de Aquiles al portador" (*sic*). Para que se hagan una idea de la crueldad de la tortura, permítanme que les transcriba una cuarteta de su inefable letra: "no era fácil en la Unión Soviética / ir por condones a recepción / a años luz de la rutina / anidó una golondrina en mi balcón". En fin, que casi prefiero ayunar y quitarme la posible *gazusa* masticando un diente de ajo crudo.

2. Mitologías

Excelente la iniciativa de Atalanta (¿en qué otro catálogo podría estar mejor?) de re-publicar, puesta al día, la monumental tetralogía *Las máscaras de Dios*, una de las dos obras más influyentes de Joseph Campbell (la otra es *El hombre de las mil caras*, cuyos derechos españoles siguen en poder del Fondo de Cultura). La editorial de Jacobo Siruela e Inka Martí ha retomado (con correcciones) para *Mitología primitiva* —el primero de los cuatro volúmenes de que consta el libro— la vieja traducción de Isabel Cardona publicada por Alianza en 1991. Pero hay un cambio importante: la nueva edición se basa en la última aprobada por la Joseph Campbell Foundation, que ha recurrido a los antropólogos Sydney Yeager y Andrew Gurevich para poner al día de 2016 los aspectos "científicos" de un libro publicado originalmente en 1959. Está bien que lo hayan hecho, aunque mi opinión de lector ocasional, pero constante, de Campbell, es que hay libros, como *La rama dorada*, de Frazer, o *Las máscaras de Dios*, cuyo interés actual no reside en la "ciencia" que en ellos pueda encontrarse, sino en su poder de fascinación y en su capacidad de suscitar respuestas creativas (muchos

escritores y cineastas han reconocido la deuda contraída con esas lecturas). Convencido de la fundamental hermandad biológica y espiritual de la "raza humana", lo que le llevó a convertirse en uno de los más conspicuos e influyentes mitólogos del siglo XX, Campbell no solo fue un hombre intelectualmente curioso que permaneció en contacto con las vanguardias históricas, sino un estupendo divulgador que controlaba todos los resortes de la narración (le encantaba escribir). Si en *El hombre de las mil caras* aplicaba las enseñanzas de Jung y Stekel al "viaje" arquetípico y universal del héroe (incluyendo a Krishna, Buda y Jesús), en *Las máscaras* emprende, con pasión antropológica, el estudio comparativo de las mitologías del mundo, empezando —en este primer volumen— por la de los humanos más primitivos, de cuyas creencias sagradas analiza la arqueología. Los siguientes tres volúmenes (que irán apareciendo en el mismo sello) corresponden a la mitología clásica, la mitología oriental y a lo que denominó "mitología creativa", en la que, por cierto, Campbell incluye, a partir de las manifestaciones del arte y de la filosofía, los mitos creados por la humanidad contemporánea. Bienvenida sea esta nueva (y cuidada) edición de Atalanta.

IDA Y VUELTA



ANTONIO MUÑOZ MOLINA

Notas en un cuaderno

Con esa precisión que es tan propia de su manera de expresarse, lo mismo escribiendo que contestando a una entrevista, Joan Didion resume así su técnica como escritora de crónicas: "Fui a tal sitio, esto es lo que vi". En el verano de 1970 Didion estuvo viajando en coche durante un mes por el sur de Estados Unidos, Luisiana y Misisipi, sobre todo, algo de Alabama. Iba con su marido, el novelista John Gregory Dunne, y no tenía un encargo de ninguna revista, ni tampoco un propósito claro. Durante el viaje tomó notas en un cuaderno, borradores que no estaba segura de para qué podían servirle. Unas veces las notas eran entradas de diario; otras, observaciones breves, resúmenes de conversaciones escuchadas en una cafetería, o junto a la piscina de un hotel, o en la peluquería.

En 1970, con 36 años, Joan Didion estaba en una plenitud de su vida y de su trabajo. La hija que habían adoptado ella y su marido tenía cuatro años. Didion escribía crónicas y libros hechos de una mezcla singular de confesión contenida y observación del mundo. Su mirada sobre los fervores contraculturales de los sesenta era muy próxima, porque vivió en medio de ellos, pero también desapegada y bastante irónica. Joan Didion es una de esas inteligencias muy realistas que se fijan demasiado en las cosas y en los seres humanos como para hacerse demasiadas ilusiones sobre ellos, o para dejarse llevar por abstracciones celebradoras o condenatorias. El mundo es como es. Y comprender algo requiere un extraordinario ejercicio de atención que no siempre lleva a conclusiones satisfactorias. En 1970, al final de una década de enormes transmutaciones, expectativas y desastres, podía parecer que de un modo u otro algunos avances irreversibles se habían conquistado, que el mundo ya no era el mismo que antes de la lucha por los derechos civiles, los diversos magnicidios, el Mayo de París, la Primavera de Praga, *Sgt. Pepper's*, los anticonceptivos, la irrupción doble del feminismo y la militancia gay, etcétera. Las personas queremos inconscientemente creer en el progreso y alimentamos esa creencia con historias que empiezan y terminan, con un final en el fondo positivo, con un final, algún tipo de redención.

En 1970 las diversas leyes contra la segregación racial en el sur ya estaban aprobadas. Las cosas, desde luego, habían ido parcialmente a mejor, pero ese final nítido, con cataris incluida, que nos gusta tanto en los libros de historia como en las novelas, no podía haber sucedido. Finales así no existen. Ni siquiera existen finales, ni tampoco comienzos claros, ni pasos irreversibles.

Didion viajaba además desde California. Ella misma había atestado la superstitiosa californiana por el optimismo y el porvenir, el descrédito y la irrelevancia del pasado. En California lo adecuado es imaginar que el pasado



John Gregory Dunne y Joan Didion, junto a su hija Quintana Roo, que acaricia al perro, en Malibú (California) en 1976. JOHN BRYSON (GETTY)

“**Joan Didion es una de esas inteligencias que se fijan demasiado en las cosas y en los humanos como para hacerse demasiadas ilusiones**

se encontraron en un criadero de serpientes. Junto a una gasolinera una niña descalza, con un vestido de tela floja que le llegaba más abajo de las rodillas, llevaba en la mano una botella vacía de Sprite. Una señora negra estaba sentada en el porche de su casa decrépita en un asiento arrancado de coche. En las reuniones sociales los hombres hablaban de sus hazañas de cacería o de pesca y las mujeres

de niños y de recetas de pasteles. En el bar, junto a la piscina de otro motel, un grupo de hombres bebe y murmura juntando mucho las cabezas y señalando a Didion, que lleva el pelo largo y suelto y va en bikini. El mundo exterior, más allá de las fronteras del sur, es amenazador y desconocido. El tiempo transcurre de otra manera, dice Didion: los años sesenta parece que sucedieron varios siglos atrás; la guerra civil parece haber terminado ayer mismo. A Didion y a Dunne, viajando por esas carreteras, les conforta calcular la distancia que en cualquier momento dado los separa del próximo aeropuerto con vuelos a Nueva York o Los Ángeles. En California, reflexiona Didion, la gente prefiere no hablar de diferencias de etnia, de religión, de clase social, como si el silencio las borrara, o las suavizara. En el sur están siempre visibles y nadie se esfuerza en disimularlas.

El talento visual de Joan Didion es fulminante: todos los datos reveladores de una escena saltan de la escritura como una imagen fotográfica: como imágenes de William Eggleston, para ser exactos, que ya trabajaba entonces por esos mismos escenarios. Los colores muy saturados, la humedad del aire, el vigor amenazante de la vegetación, los cielos oscuros antes de una tormenta, Joan Didion los atrapa con una fuerza literal que parecería exclusiva de las fotos de Eggleston.

Las notas de aquel viaje se quedaron durante 46 años olvidadas en un cuaderno. Acaban de publicarse en una edición simple y admirable, en un volumen en tapa dura de poco más de 100 páginas, titulado con la misma sobriedad: *South and West: From a Notebook*. En la contraportada hay una foto de entonces, Joan Didion con su hija Quintana; Didion joven; su hija, una niña rubia. Dice Henry James que todos los futuros son crueles. Joan Didion es ahora una anciana distinguida y quebradiza de 82 años. Su hija murió en 2005. La foto, pues, es un recordatorio, un epitafio.

Y el libro, con toda su perspicacia y su belleza de escritura, es de una contemporaneidad escalofriante. En 1970, en el sur de Estados Unidos, Joan Didion se dio cuenta de que el pasado de cerrazón, oscurantismo y resentimiento no desaparece de un día para otro. Cuarenta y siete años después, una parte de esa negrura se ha mantenido intacta, y ha proliferado. Una parte de lo peor del pasado es ahora el presente y parece que va a ser el porvenir.